

Fragmento de *El monte de las ánimas*

Gustavo Adolfo Bécquer

La noche había cerrado ya; una noche de noviembre, fría, oscura y desapacible. El viento gemía en los aleros del edificio y silbaba entre las hojas secas de los árboles del jardín. Las criadas se habían retirado a sus habitaciones y la casa permanecía en el más profundo silencio. Solo en el salón principal ardía un fuego mortecino, que proyectaba en las paredes sombras fantásticas.

Beatriz estaba sentada junto a la chimenea, apoyada la frente en una de sus manos y con los ojos fijos en las llamas que subían y bajaban caprichosamente. Parecía como si su pensamiento estuviese lejos de allí, ocupado en una inquietud que trataba en vano de apartar. De cuando en cuando, levantaba la cabeza y fijaba la vista en la puerta, como si esperase que alguien apareciera en cualquier momento.

Las campanas de la ciudad comenzaron a dar las doce. Cada toque retumbaba en el silencio de la casa como un presagio. Beatriz hizo un movimiento involuntario, y un escalofrío recorrió sus miembros. En aquel instante, una ráfaga de viento abrió violentamente una de las ventanas. La llama de la chimenea vaciló y las sombras se agitaron por las paredes como si recobraran vida.

Beatriz lanzó una exclamación ahogada. Había creído escuchar pasos en el corredor, pasos lentos y pesados que se acercaban. Su corazón latía con fuerza. Se levantó, avanzó hacia la puerta y, con voz temblorosa, preguntó:

—¿Quién va?

Nadie respondió. Solo el viento volvió a gemir en las galerías, arrastrando hojas secas. Beatriz retrocedió, pálida, y se dejó caer en su asiento. Entonces creyó ver, entre las sombras, la figura vaga de un hombre envuelto en un manto azul, avanzando lentamente hacia ella...